

era objeto, llegaban á ser pasiones violentas, los Atenienses le elevaron á los honores con arrebatos de alegría, le condenaron á muerte con los del furor, y con los mismos le perdonaron, y le proscribieron segunda vez.

Un dia que desde la tribuna habia llevado tras si los votos del público, y se volvía á su casa, escoltado por toda la asamblea, le salió al encuentro Timon, llamado el misántropo; y apretándole la mano, le dijo: «ánimo, hijo mio; «continúa engrandeciéndote, y te deberé la «ruina de los Atenienses.»

En otro momento de embriaguez, quiso el pueblo bajo restablecer el realismo en su favor; pero como él no se hubiera contentado con ser solamente un rey, no le convenia la pequeña soberanía de Atenas, sino un vasto imperio que le pusiese en estado de conquistar otros.

Nacido en una república, debia elevarla sobre sí misma antes de ponerla á sus pies. Este era sin duda el secreto de las empresas brillantes, á las cuales arrastró á los Atenienses. Con sus soldados hubiera sojuzgado los pueblos, y los Atenienses se hubieran visto esclavizados sin advertirlo.

Su primera desgracia, deteniéndole casi en el principio de su carrera, solamente hizo ver una verdad: á saber, que su genio y sus proyectos eran muy vastos para la felicidad de su patria.

Se dice que la Grecia no podia sufrir dos Alcibiades; pero se debe añadir, que Atenas tuvo uno de mas. El fué el que hizo decretar la guerra contra la Sicilia.

GUERRA DE LOS ATENIENSES EN SICILIA.

Hacia tiempo que los Atenienses trataban de la conquista de esta isla rica y poderosa. Reprimida su ambicion por Pericles, fué promovida poderosamente por Alcibiades. Mil sueños lisonjeros representaban todas las noches á su espíritu la gloria inmensa con que iba á coronarse. La Sicilia no debia ser mas que el teatro de sus primeras expediciones: se apoderaria de la Africa, de la Italia y del Peloponeso. Todos los dias hablaba de sus grandes designios á aquella juventud fogosa que seguia sus pasos, y cuyas voluntades gobernaba.

Entre tanto la ciudad de Egesta en Sicilia, que se decia oprimida por los de Selinonte y Siracusa, imploró el socorro de los Atenienses, de quienes era aliada: ofrecia indemnizarlos de sus gastos, y les representaban que si no detenian los progresos de los Siracusanos, no tardarian estos en reunir sus tropas á las de los Lacedemonios. La república envió diputados á Sicilia; y á su regreso hicieron una relacion falsa del

estado de las cosas. Resolvióse la expedición; y se nombraron generales á Alcibiades, Nicias y Lamaco. De tal modo se lisonjeaban del éxito, que el senado arregló de antemano la suerte de los diversos pueblos de Sicilia.

Sin embargo; los ciudadanos ilustrados estaban tanto mas temerosos, quanto no se tenia entonces mas que una corta idea de la grandeza, fuerzas y riquezas de esta isla. A pesar de la ley que prohibe volver á tratar una decision de todas las órdenes del Estado, representó Nicias á la asamblea, que, no habiendo podido la república terminar todavía las disensiones suscitadas entre ella y los Lacedemonios, la paz actual no era mas que una suspension de armas: que sus verdaderos enemigos estaban en el Peloponeso: que no aguardaban mas que la salida de la armada para caer sobre la Atica: que las discordias de las ciudades de Sicilia nada tenían que ver con los Atenienses: que era el cúmulo de la extravagancia sacrificar la salud de la patria á la vanidad ó al interes de un joven, ansioso por ostentar su magnificencia delante del ejército: que semejantes ciudadanos no servian sino para arruinar el Estado, arruinándose á sí mismos; y que les era tan poco conveniente deliberar sobre tan altas empresas, como el ejecutarlas.

«Yo veo con espanto, añadió Nicias, esa numerosa juventud que le rodea, y cuyos votos

«dirige. Ancianos respetables, yo solicito los vuestros en nombre de la patria. Y vosotros, magistrados, llamad otra vez el pueblo á votos; «y si las leyes os lo prohiben, acordaos que la primera de las leyes es la salud del Estado.»

Tomando Alcibiades la palabra, representó, que los Atenienses habian llegado al alto punto de gloria y de grandeza en que estaban, por proteger á las naciones oprimidas: que no les era ya permitido entregarse á un descanso demasadamente capaz de enervar el valor de las tropas: que algun dia se verian ellos sometidos, si al presente no sometian á los otros: que muchas ciudades de Sicilia no estaban pobladas mas que de bárbaros ó extrangeros, insensibles al honor de su patria, y siempre prontos á mudar de señor: que otras, cansadas de sus disensiones, esperaban el arribo de la flota para entregarse á los Atenienses: que la conquista de esta isla les facilitaria la de toda la Grecia: que al menor reves hallarian un asilo en las naves: que solo el ruido de esta expedición aturdiria á los Lacedemonios; y que si este pueblo se aventuraba á hacer una irrupción en la Atica, no saldria mas bien que de las primeras.

En quanto á las reprensiones personales, respondió que su magnificencia no habia servido hasta entonces, mas que para dar á los pueblos de la Grecia una alta idea del poder de los

Atenienses, y á ganarle á él la autoridad necesaria para separar naciones enteras de la liga del Peloponeso. « En cuanto á lo demas, dijo, « destinado á partir con Nicias el mando del « ejército, si mi juventud y mis locuras os ponen « en algun cuidado, os puede dar confianza el « éxito feliz de mis empresas.»

Esta respuesta inflamó á los Atenienses con nuevo ardor. Su primer proyecto no era antes mas que enviar á Sicilia sesenta galeras. Para apartarlos Nicias indirectamente de su proyecto, representó, que ademas de la flota, seria necesario un ejército, y les hizo una pintura de los preparativos, gastos y tropas que se necesitaban para semejante expedicion. Entonces se dejó oír una voz del medio de la asamblea, que dijo: « Nicias, no se trata ya de todos esos ro- « deos : explicaos sencillamente sobre el núme- « ro de soldados y naves que necesitais.» Habiendo respondido Nicias que lo trataria con los demas generales, la asamblea les dió plenos poderes para disponer de todas las fuerzas de la república.

Estaban ya prontas cuando Alcibiades fué acusado de que, con algunos compañeros de sus desórdenes, habia mutilado una noche las estatuas de Mercurio, puestas en diversos cuarteles de la ciudad, y representado á la salida de una cena las ceremonias de los respetables miste-

rios de Eleusis. El pueblo, capaz de perdonárselo todo en toda otra ocasion, no respiraba mas que furor y venganza. Atemorizado al principio Alcibiades de la sublevacion de los ánimos, consolado luego con las disposiciones favorables del ejército y de la armada, se presentó á la asamblea : deshizo las sospechas formadas contra él, y pidió la muerte si era culpable, y una satisfaccion ruidosa si no lo era. Sus enemigos hicieron dilatar el juicio hasta despues de su vuelta, y le obligaron á marchar cargado de una acusacion que tenia colgada sobre su cabeza la espada.

Corcira estaba señalada para ser el punto de reunion de los Atenienses y sus aliados. Desde allí salió la flota, compuesta de cerca de trescientas velas, y se dirigió á Regio, á la extremidad de la Italia *. Llevaba cinco mil hombres, armados de todas armas, entre los cuales estaba lo selecto de los soldados atenienses. Se les habian juntado cuatrocientos ochenta archeros, setecientos honderos, algunas tropas ligeras, y un corto número de caballos.

Los generales no habian pedido mas fuerzas : Nicias no pensaba en hacerse dueño de Sicilia : Alcibiades creia, que para sujetarla bastaria sembrar en ella la discordia : uno y otro manifes-

* El año 415 antes de J. C.

taron sus miras en el primer consejo que tuvieron antes de comenzar la campaña. Sus instrucciones les prescribían en general, arreglar los asuntos de Sicilia del modo más útil á los intereses de la república; y en particular les ordenaban que protegiesen á los Egestanos contra los de Selinonte; y si lo permitían las circunstancias, que empeñasen á los Siracusanos á devolver á los Leontinos, las posesiones que les habían quitado.

Nicias se atenia á la letra de este decreto, y después de que se hubiese ejecutado, quería volver con la armada á Pireo. Alcibiades sostenía, que unos esfuerzos como los que habían hecho los Atenenses, debían ser señalados con grandes empresas: que era necesario enviar diputados á las principales ciudades de Sicilia, sublevarlas contra los Siracusanos, y sacar de ellas víveres y tropa; y conforme al efecto de estas diversas negociaciones, determinarse, ó al asedio de Selinonte, ó al de Siracusa. Lamaco, el tercer general, proponía marchar inmediatamente contra esta última ciudad, y aprovecharse del terror que la había causado la llegada de los Atenenses. El puerto de Megara, vecino á Siracusa, conservaría su flota, y la victoria causaría una revolución en Sicilia.

Acaso el éxito hubiera justificado el parecer de Lamaco. Ninguna precaución habían tomado

los Siracusanos contra la tempestad que les amenazaba: les había costado trabajo persuadirse á que los Atenenses fuesen insensatos hasta el punto de pensar en la conquista de una ciudad como Siracusa. « Deberían tenerse por felices, exclamó uno de sus oradores, de que « no hayamos pensado jamás en ponerlos bajo « nuestras leyes. »

No habiendo acomodado este proyecto á los otros dos generales, Lamaco se decidió por el de Alcibiades. Mientras este último tomaba á Catana por sorpresa, mientras Naxos le abría sus puertas, y con intrigas iba ya forzar á las de Mesina: cuando sus esperanzas empezaban á realizarse, se hacía salir de Pireo la galera que debía traerle á Atenas. Sus enemigos habían prevalecido, y le citaban para responder á la acusación suspendida hasta entonces. Nadie se atrevió á arrestarle, porque se temió una sublevación de los soldados, y la desertión de las tropas aliadas, de las cuales la mayor parte había venido á Sicilia á su ruego. Al principio formó el proyecto de ir á confundir á sus enemigos; pero luego que llegó á Turio, reflexionando sobre las injusticias de los Atenenses, engañó la vigilancia de sus guías, y se retiró al Peloponeso.

Su retiro derramó el desaliento en el ejército. Nicias, que no temía nada cuando era preciso ejecutar, y lo temía todo cuando se trataba de

emprender, dejaba amortiguar en el descanso, ó en conquistas fáciles el ardor que Alcibiades habia excitado en el corazon de los soldados. Entre tanto vió el momento en que el mas brillante suceso iba á justificar una empresa, cuyas consecuencias habia temido siempre. Se habia últimamente determinado á poner sitio á Siracusa, y le habia conducido con tanta inteligencia, que los habitantes estaban ya próximos á rendirse. Muchos pueblos de Sicilia é Italia se declaraban ya por él, cuando un general lacedemonio, llamado Gilipo, entró en la plaza sitiada con algunas tropas que habia traído del Peloponeso, ó reunido en Sicilia. Hubiera podido Nicias impedirle llegar á esta isla: descuidó esta precaucion; y esta falta irreparable fué la causa de todas sus desgracias. Gilipo reanimó el valor de los Siracusanos, batió á los Atenienses, y los tuvo encerrados en sus atrincheramientos.

Atenas hizo salir, bajo las órdenes de Demóstenes y de Eurimedon, una nueva armada, compuesta de cerca de setenta y tres galeras, y otro segundo ejército de cinco mil hombres, armados de todas armas, y algunas tropas ligeras. Habiendo perdido Demóstenes dos mil hombres en el ataque de un punto importante, y considerando que de allí á poco no estaria el mar navegable, y que las tropas iban pereciendo por las enfermedades, propuso abandonar la empresa,

ó trasladar el ejército á lugares mas sanos. Estando para hacerse á la vela, atemorizado Nicias por un eclipse de luna, que difundió el terror en el ejército, consultó á los adivinos, quienes le ordenaron esperar todavía veinte y siete dias.

Antes de que llegase este término los Atenienses vencidos por tierra y por mar, no pudiendo permanecer bajo los muros de Siracusa, por falta de viveres, ni salir del puerto, cuya entrada habian cerrado los Siracusanos, tomaron por fin el partido de abandonar sus campos, sus enfermos y sus naves, y retirarse por tierra á alguna ciudad de Sicilia. Salieron en número de cuarenta mil hombres, comprendiendo en esta suma no solamente las tropas que les habian dado los pueblos de Sicilia y de Italia, sino tambien la chusma de las galeras, los artifices y esclavos.

Entre tanto los Siracusanos ocupan los desfiladeros de los montes, y los pasos de los rios; destruyen los puentes, se apoderan de las alturas, y derraman por las llanuras diversos destacamentos de caballeria y tropas ligeras.

Los Atenienses hostigados, y detenidos á cada paso, se ven continuamente expuestos á los tiros de un enemigo que encuentran en todas partes, y que no pueden alcanzar en ninguna. Sostenialos el ejemplo de sus generales, y las exhortaciones de Nicias, que á pesar del aniquilamiento á que le habia reducido una larga en-

fermedad, mostraba un valor superior al peligro. Por ocho dias enteros tuvieron que luchar contra obstáculos, que renacian á cada paso. Pero Demóstenes, que mandaba la retaguardia, compuesta de seis mil hombres, habiendo perdido el camino en su marcha, fué metido en un sitio sin salida; y despues de hacer prodigios de valor, se rindió bajo la condicion de que se concederia la vida á sus soldados, y se les perdonaria el horror de la prision.

Nicias, no habiendo podido salir con una negociacion que habia entablado, condujo el resto del ejército hasta el rio Asinaro. Llegados aquí, la mayor parte de los soldados, atormentados par una sed rabiosa, se arrojan confusamente en el rio; y los demas son precipitados en él por el enemigo. Los que quieren salvarse nadando, hallan al otro lado orillas escarpadas, y cubiertas de tiradores, que hacen en ellos una carniceria horrible. Ocho mil hombres murieron en este ataque, y Nicias, dirigiendo su palabra á Gilipo, le dijo: «disponed de mí como querais, pero salvad á lo menos á estos infelices soldados.» Gilipo hizo cesar luego la carniceria.

Los Siracusanos entraron en Siracusa seguidos de siete mil prisioneros, que fueron echados á las canteras, donde sufrieron por muchos meses males inexplicables: muchos perecieron, y otros fueron vendidos por esclavos. Un número mayor

de prisioneros vino á parar en poder de los oficiales y de los soldados, y todos acabaron sus dias en prisiones, á excepcion de algunos atenienses, que debieron su libertad á las poesias de Eurípides, que apenas eran conocidas en Sicilia, y cuyos mejores trozos recitaban á sus señores. Nicias y Demóstenes fueron condenados á muerte, á pesar de los esfuerzos de Gilipo, que hizo cuanto pudo por salvarlos la vida.

Agobiada Atenas con un reves tan inesperado, preveia todavía desdichas mayores. Sus aliados estaban dispuestos á sacudir su yugo: los otros pueblos juraban su pérdida, y los del Peloponeso se habian creído autorizados por su ejemplo, para romper la tregua. En sus operaciones mejor combinadas se descubria el espíritu de venganza, y el genio superior que las dirigia. Alcibiades gozaba en Lacedemonia del crédito que obtenia en todas partes. Por sus consejos se resolvieron los Lacedemonios á enviar socorro á los Siracusanos, á volver á comenzar las incursiones en la Atica, y á fortificar, á ciento y veinte estadios de Atenas, el puesto de Decelia, que bloqueaba esta ciudad por tierra.

Para aniquilar su poder era preciso favorecer la rebelion de sus aliados, y destruir su marina. Alcibiades marchó á las costas del Asia menor. Quio, Mileto y otras ciudades florecientes se declararon por los Lacedemonios: con sus atracti-

vos cautivó á Tisafernes, gobernador de Sardes ; y el rey de Persia se obligó á pagar la armada del Peloponeso.

Esta segunda guerra , conducida con mas regularidad que la primera , se hubiera concluido luego , si Alcibiades , perseguido por Agis , rey de Lacedemonia , cuya esposa habia seducido , y por los otros gefes de la liga , á quienes hacia sombra su gloria , no hubiera en fin conocido , que despues de haberse vengado de su patria , no le quedaba mas que hacer , que libertarla de una ruina inevitable. Con este objeto suspendió los preparativos de Tisafernes y los socorros de la Persia , so pretexto de que interesaba al gran rey dejar á los pueblos de la Grecia debilitarse mutuamente.

Habiendo los Atenienses revocado poco despues el decreto de su destierro , se pone á su frente , somete las plazas del Helesponto , obliga á uno de los gobernadores del rey de Persia á firmar un tratado ventajoso á los Atenienses , y á Lacedemonia á pedirles la paz. Desechóse esta peticion , porque creyéndose ya invencibles bajo el mando de Alcibiades , habian pasado rápidamente desde la consternacion mas profunda , á la mas insolente presuncion. El agradecimiento mas excesivo , y el amor mas loco , habian sucedido tan rápidamente al odio que tenian á este general.

Quando volvió á su patria , su llegada , su permanencia , y el cuidado que puso en justificar su conducta , fueron una serie de triunfos para él , y de fiestas para la muchedumbre. Quando en medio de las aclamaciones de toda la ciudad , se le vió salir del puerto de Pireo con una armada de cien velas , no se dudó ya que la celeridad de sus expediciones forzase luego á los pueblos del Peloponeso á sufrir la ley del vencedor : se esperaba de un instante á otro la llegada del correo encargado de anunciar la destruccion de la armada enemiga , y la conquista de la Jonia.

En medio de estas esperanzas lisonjeras se supo que quince galeras atenienses habian caído en poder de los Lacedemonios. Se habia dado el combate en ausencia , y contra las órdenes terminantes de Alcibiades , á quien la necesidad de exigir contribuciones para el mantenimiento de la tropa , habia obligado á pasar á Jonia. A la primera noticia de este reves , volvió atras , y fué á presentar batalla al vencedor , que no se atrevió á admitirla. Habia reparado con esto el honor de Atenas : la pérdida era corta ; pero bastaba para excitar los zelos de sus enemigos , quienes irritaron al pueblo de manera , que le despojó del mando general de los ejércitos con el mismo arrebato con que se le habia dado.

La guerra continuó algunos años : se hizo siempre por mar , y se acabó con la batalla de Egos

Potamos, que los del Peloponeso ganaron en el estrecho del Helesponto. El esparciata Lisandro que les mandaba, sorprendió la escuadra de los Atenienses, compuesta de ciento y ochenta velas; se hizo dueño de ella, é hizo tres mil prisioneros*.

Alcibiades, que despues de su retiro se habia establecido en el pais vecino, habia advertido á los generales atenienses el peligro de su posición, y la poca disciplina que reinaba entre los soldados y marineros; pero ellos despreciaron el consejo de un hombre caido en desgracia.

CONQUISTA DE ATENAS.

La pérdida de la batalla trajo consigo la de Atenas, que despues de un sitio de algunos meses, se rindió por falta de víveres**. Muchas de las potencias aliadas propusieron que se destruyese. Lacedemonia, dando mas oídos á la voz de su gloria, que á la de su interes, se negó á poner en cadenas una nacion, que habia hecho tantos servicios á la Grecia; pero condenó á los Atenienses, no solamente á demoler las fortificaciones de Pireo, y la larga muralla que jun-

* El año 405 antes de J. C.

** Hacia fines de abril del año 404 antes de J. C.

taba el puerto con la ciudad, sino tambien á entregar sus galeras, á excepcion de doce: á llamar á los desterrados; á sacar las guarniciones de las ciudades, de que se habian apoderado; á hacer una liga ofensiva y defensiva con los Lacedemonios, y á seguirlos por mar y por tierra inmediatamente que recibiesen la orden.

Las murallas fueron derribadas al son de música, como si la Grecia hubiera recobrado su libertad; y algunos meses despues el vencedor permitió al pueblo elegir treinta magistrados, que debian establecer otra forma de gobierno, y que acabaron por usurparse la autoridad*.

Al principio se encarnizaron en una multitud de delatores, odiosos á los hombres de bien, despues contra sus enemigos particulares, y últimamente contra aquellos, cuyas riquezas querian robar. Las tropas lacedemonias que obtuvieron de Lisandro, y tres mil ciudadanos que se habian asociado para fortificar su potencia, protegian abiertamente sus injusticias. La nacion desarmada, cayó de golpe en una extrema servidumbre: el destierro, las cadenas y la muerte eran el patrimonio de los que se declaraban contra la tiranía, ó parecian condenarla con su silencio. No subsistió esta mas que ocho meses, y en este corto tiempo fueron asesina-

Por el estío del año 404 antes de J. C.